

de piezas lisas de á ocho. La pieza tomada el 14 era la única rayada que habia en toda la ciudad.

Mi mayor de órdenes, D. Ramon Robles, ayudante de brigada, era un individuo grueso de cuerpo y algo tonto; además de él, encontré como ayudante á un teniente mexicano, que era tal vez mas inútil. Por lo tanto, tomé á mi ayudante personal D. Julian Mantecon, quien me mostró gran adhesion y á quien yo queria muchísimo. Tenia solo diez y siete años, era sumamente modesto y agradable y hablaba algo de francés. Una ocasion le dije que si me herian ó me mataban podia cuidar mi cuerpo, y desde aquella vez me seguia en el combate como mi sombra y cuando la pelea era muy acalorada siempre estaba á mis talones, y como con los brazos siempre abiertos para recibirme en el caso que me tocase alguna bala. Este valiente jóven nunca pensaba en sí.

El 20 de Marzo tuvo lugar otro consejo de guerra importante y del cual tengo en mi poder el protocolo orijinal, (1) que es el siguiente:

«Protocolo del consejo de guerra reunido en el Fuerte de la Cruz el 20 de Marzo de 1867.

«S. M. el Emperador ordenó un consejo de guerra, consistiendo este de los infrascritos generales, para que se reuniesen en el cuartel general, en el Fuerte de la Cruz de la ciudad de Querétaro, el 20 de Marzo de 1867, á las tres de la tarde. Una vez reunidos los generales, el Soberano dijo:

«Señores: cinco opiniones distintas, con respecto á lo

1 No pudiendo obtener copia de este protocolo, me he limitado á traducir la version inglesa de ésta, hecha por el Príncipe Salm Salm. (N. D. T.)

que se debe hacer en nuestra presente posicion, Nos han sido sometidas hoy por el gefe de la artillería, Nuestro secretario del presente consejo de guerra. No Nos Hemos decidido por ninguna de ellas; pero, fiel á lo convenido en Orizava, cuando el Gabinete y el Consejo de Estado resolvieron que Nos quedásemos á la cabeza del Imperio, Hemos reunido á ustedes aquí, para que sin ocuparos de Nos, sino solo teniendo ante vosotros el bien general y la salvacion de México, propongan á Nos, medidas calculadas á conducir á este fin tan sumamente deseado. Vuestras opiniones con respecto al presente estado del ejército, y las operaciones futuras de la guerra, serán aceptadas por Nos sin vacilacion y se ejecutarán inmediatamente. Como deseamos que esta séria deliberacion sea enteramente libre, Hemos resuelto que entren ustedes en ella sin estar Nos presente, y encargamos traten ustedes esta importante cuestion concienzudamente y en general, como lo exige el honor del ejército y el bienestar de México.»

Despues de esto, se retiró Su Majestad, y el consejo de guerra al instalarse nombró como su presidente á S. E. el general D. Miguel Miramon, comandante en gefe de la infantería. Despues de esto, el infrascrito secretario tomó la palabra, y cediendo á las órdenes del Emperador, se espresó de la manera siguiente:

«Señores: aquí tienen ustedes cinco opiniones diversas de las que ha hablado ya S. M. el Emperador. La primera, propónese una retirada con todo el ejército junto con nuestra artillería y trenes; la segunda solo salva al ejército, pero los cañones quedarian clavados y dejaria todo el material de guerra y medios de transporte; la tercera, continuaria la defensa de la plaza con todo el ejército; la cuarta

se propone dividir en dos partes iguales al ejército; con una continuar la defensa de la plaza, y la otra iria á México, para de allí traer refuerzos para obligar al enemigo á levantar el sitio; y la quinta, se encargaria á una pequeña reserva de la importante persona del Emperador, en caso de desastre, y que uno de sus generales fuese nombrado para mandar en gefe á todo el ejército con órden de atacar el grueso del ejército enemigo.

«Despues de haber comunicado á ustedes estas diversas opiniones, de las que una es mia, debo esplicar al consejo de guerra las razones por las cuales se la dí al Emperador.

«Cuando me preguntó Su Majestad si podriamos hacer una retirada con todo nuestro tren y artillería, ó que abandonásemos á estas dos últimas, tuve el honor de declarar al Soberano que la primera proposicion me parecia mala, pero que la segunda aun era peor, pues seria equivalente á una derrota preparada por nosotros mismos con la que demoralizariamos á nuestro ejército, y de esa manera nos arruinariamos definitivamente, lo mismo que á la causa nacional.

«Si nos viésemos en la necesidad de retirarnos y sobre todo, de clavar nuestra artillería, me parecia, como se lo dije á Su Majestad, que seria preferible dejar aquí una reserva para salvar al Emperador y que se diese el mando de nuestro ejército á uno de nuestros generales, para poder atacar con toda decision el grueso del ejército enemigo. En el caso de que ocurriese una derrota, solo se efectuaría despues de haber tratado de salvar á nuestro país y nuestro ejército, y no como si apareciese como un acto sobre el que nos habiamos resuelto y ejecutado por nosotros. No

creo que hayamos llegado ya al grado de que sea necesario que entreguemos la plaza, pues podemos todavía retirarnos de un modo ó de otro. Aun hay provisiones y forrage para largo tiempo; aunque el estado de parque, despues de un sitio de catorce dias y una defensa heroica como la del dia 17, no es tan satisfactorio como seria de desear, y sin embargo, está aun mejor surtido que cuando el enemigo se presentó, como puede verse por la memoria que someto al consejo de guerra y la que está formada con la exactitud mas escrupulosa. Por todas estas razones, soy de opinion que debe continuarse la defensa de la plaza, y que en un caso extremo sea atacado el enemigo con vigor, en lugar de emprender una retirada infructuosa y peligrosa.»

El general D. Ramon Méndez habló de la manera siguiente:

«Con respecto á la difícil cuestion que se discute, no tengo opinion propia, y por lo tanto, me suscribo á la de la mayoría y haré lo que esta resuelva.»

Despues de él, D. Severo Castillo, gefe de la segunda division de infantería, tomó la palabra y dijo:

«Siempre que haya parque suficiente para cierto tiempo, declaro que no veo peligro alguno y soy de opinion que sostengamos nuestra presente posicion, teniendo en vista esclusivamente su defensa, hasta que llegue el momento en que seamos atacados por el enemigo, en cuyo caso y fuera de duda, será rechazado. Dado este caso, tenemos que arrojar nuestras columnas contra el cerro de San Gregorio y aprovechándonos de la confusion de su retirada tratar de tomar su posicion á retaguardia. No juzgo prudente el atacar las líneas de los insurgentes por ahora, pues tanto

en lo tocante á la fuerte posicion ocupada por el enemigo y al corto número de soldados de que podiamos hacer uso con el objeto de dar un ataque, seria de un éxito dudoso. Sin embargo, si este estado de cosas se prolongase indefinidamente las circunstancias variadas, por supuesto variaria igualmente la posicion, como lo exija la necesidad y nuestros mejores intereses.»

El general D. Santiago Vidaurri, ministro interino del departamento de Guerra y Hacienda con Su Majestad, se espresó en los términos siguientes:

«Debemos insistir en la defensa; pero al mismo tiempo destruir la fuerza del enemigo á la izquierda del cerro de las Campanas, y ocuparnos de los medios de desembarazarnos de la presente posicion, sobre todo si las presentes circunstancias llegan á empeorarse.»

El general D. Tomás Mejía, general en jefe de la caballería, declaró:

«Yo estoy porque se continúe la defensa. Si el enemigo mas tarde nos ofreciese una oportunidad para derrotarle, debemos aprovecharnos de ella, y si fuere posible sacar refuerzos de México.»

El general D. Leonardo Márquez, jefe del Estado Mayor, habló como sigue:

«Estoy de acuerdo en todo con la opinion que se acaba de espresar.»

El general D. Miguel Miramon, jefe de la infantería, declaró:

«Yo estoy igualmente de acuerdo con las dos últimas opiniones. Sin embargo, tendremos que ocuparnos con la empresa de derrotar al enemigo en los caminos de Celaya

y San Juanico, y si se prolongase nuestra actual posicion atacarlo á viva fuerza en San Gregorio.»

Despues que hubo el consejo de guerra decidido de esta manera el continuar la defensa de la plaza y rechazado la idea de abandonarla, y se hubo declarado en contra de una retirada, ya bien con toda la artillería y tren, ó ya bien clavando la primera y dejando lo segundo, el gefe del Estado Mayor se dirigió á las habitaciones de S. M. el Emperador, para informarle que el consejo de guerra habia ya deliberado y llegado á un convenio con respecto á las cuestiones á él sometidas.

Entonces el Emperador se dirigió al momento al lugar en donde se habia reunido el consejo de guerra. Durante todo esto el Soberano habia experimentado grande inquietud. Las dos horas que duró la discusion las pasó Su Majestad lleno de la mayor ansiedad. El, infrascrito secretario se apresuró á someter los diversos puntos del presente protocolo.

Desde que se le hizo saber al Emperador la primera opinion se entregó á una alegría sincera y sin límites. Tan pronto como se le informó de la opinion colectiva del consejo de guerra, el Soberano declaró que aceptaba con grato placer lo que se habia decidido. «Nuestros deseos y Nuestras esperanzas,» dijo El, «están de acuerdo con vuestras opiniones. Sin embargo, en duda de si ustedes no tendrian por conveniente una retirada, y considerando la promesa hecha por Nos á vosotros de aceptar libremente vuestra decision, Hemos pasado dos horas de verdadera agonía. Ahora accedemos no solo á la escelente idea de continuar la defensa de la plaza, sino igualmente á todos los puntos inferiores que se refieren á las diversas opiniones.

Después de una corta discusión se resolvió:

«1. Desembarazar el flanco izquierdo del cerro de las Campanas.

«2. Poner en movimiento á toda la fuerza de guerrillas contra la retaguardia del enemigo.

«3. Llegar á una determinación tocante á la cuestión de si se debían traer refuerzos de México.

«4. El resolver sobre un método sencillo, propuesto por el jefe del Estado Mayor, para proveer la paga del ejército.»

Finalmente, S. M. el Emperador declaró el consejo de guerra como terminado y encargó al secretario del mismo, estendiese el presente protocolo y recojiese las firmas de los generales que formaban el consejo.

MAXIMILIANO, general en jefe del ejército.

El general comandante de la infantería,

MIGUEL MIRAMON.

El general secretario interino de Guerra y Hacienda, (ausente.)

El general comandante de la caballería,

TOMAS MEJIA.

El general comandante de la segunda división de infantería,

SEVERO CASTILLO.

El general comandante de la brigada de reserva,

RAMON MENDEZ.

El comandante en jefe de la artillería y secretario del consejo,

MANUEL RAMIREZ ARELLANO.

Se verá que Vidauri y Márquez no firmaron. Por lo

tanto presumo que este protocolo fué firmado después de que salieron de Querétaro.

El día 21 el general Miramon fué informado por sus espías, que en el pueblo de San Juanico, á una legua de Querétaro, habían llegado refuerzos, artillería, parque, armas, cuatrocientos carros con provisiones y varias mandadas de ganado.

A consecuencia de estas noticias, recibí órdenes de estar con mis cazadores, tiradores, y mi batería en el cerro de las Campanas á las cinco de la mañana siguiente, y que tomase á San Juanico. La caballería á las órdenes de Mejía debía cubrir mi flanco derecho, y el regimiento de caballería de Quiroga el izquierdo.

Así, pues el día 22 estuve listo al amanecer. Los cazadores componían la vanguardia, la batería se colocó en el centro, y los tiradores marchaban á retaguardia. Avanzamos sobre el camino de Celaya, el que conduce luego á San Juanico. El camino está plantado de árboles, y á su derecha se encuentra el río Blanco. A distancia de cosa de diez minutos del pueblo encontramos las avanzadas del enemigo, al que seguimos muy de cerca. La infantería que estaba á la entrada del pueblo se retiró precipitadamente, y la perseguimos hasta un lugar abierto, adonde hizo alguna resistencia. No la dejamos tiempo para formarse; grité «¡Viva el Emperador!» y los cazadores se arrojaron sobre ellos con sus bayonetas.

El mayor Pitner y yo nos encontrábamos á la cabeza: montaba ese día no mi caballo pinto, sino un pequeño garañón, el que recibió una bala en la cabeza y cayó de rodillas, pero al momento se levantó y siguió adelante. Al enemigo no le gustó el helado acero y huyó á la enorme

hacienda de San Juanico, que está á la estremidad del pueblo y adonde estaba el cuartel general del comandante en jefe liberal.

El regimiento Quiroga, que cubria mi flanco izquierdo, y marchaba afuera del pueblo, estaba algo mas adelante de mi columna y llegó antes que nosotros á la hacienda. Efectuó una buena carga contra la caballería que estaba allí, y al mismo tiempo avanzó Mejía en el llano abierto á mi derecha. El enemigo no hizo resistencia y se retiró á los bosques atrás de la hacienda, á la que entramos nosotros. Allí tomamos posesion del despacho del comandante en jefe, con todos sus papeles, y entre ellos un estado de todo el ejército frente á Querétaro. Pero á gran pesar nuestro la artillería y mayor parte de las provisiones habian sido ya repartidas entre el ejército, y solo tomamos veinticuatro carros con maiz, una gran cantidad de armas, muchos bueyes, vacas, cabras, y borregos.

A nuestra derecha estaban cosa de ocho mil hombres de la caballería del enemigo, contra los cuales rompí el fuego con mi batería, que coloqué cerca de la hacienda. Mientras reunimos el botin, protegidos en nuestro flanco izquierdo por el regimiento Quiroga y en nuestro derecho por los tiradores, la caballería de Mejía se colocó frente á la del enemigo á corta distancia, pero ninguno de los dos contendientes se inclinaba á atacar.

Como que nuestra expedicion habia tenido un éxito tan bueno como era posible esperar, comencé mi retirada, quedándome yo á retaguardia con mis cazadores. Adonde hay un puente que conduce sobre un arroyo que cruza el camino de Celaya, me detuve para poder proteger la retirada de Mejía, quien cruzaba el rio Blanco en un vado á mi

derecha. Al mismo tiempo, mi batería que estaba colocada al otro lado del puente, é igualmente la artillería del cerro de las Campanas, mantuvieron al enemigo á una distancia respetable. Al pasar el puente con los cazadores, me encontré con el general Miramon, el cual victoreó al batallón y á su jefe.

En el cerro de las Campanas encontramos al Emperador, el que dió las gracias á sus «Zuavos de México:» yo seguí mi marcha á caballo; (serian entre las doce y la una del dia) me dirijí al ya mencionado café, adonde un diestro veterinario aleman, estrajo la bala de la cabeza de mi caballo. Habia este entrado en direccion oblicua, penetrando arriba del ojo del animal.

A consecuencia del consejo de guerra habido el 20 de Marzo, el Emperador habia resuelto que Márquez, á quien habia nombrado lugar-teniente del Imperio, fuese á México, para de allí llevar á Querétaro todas las tropas que pudiese reunir junto con tanto dinero como fuere posible. Se le prohibió espresamente el que emprendiese cualesquier «golpe de mano» ú otra expedicion, pero estaba ligado á volverse tan pronto como fuera practicable. *Ante todos los generales reunidos, dió Márquez su palabra de honor de volver á Querétaro en el término de quince dias, costare lo que costare.* Con Márquez debia irse el general Vidaurri, el que habia sido nombrado Ministro de Guerra y Hacienda, con la presidencia del Gabinete. Ambos debian ser escoltados por los escelentes rigimientos de Quiroga y el 5º, en su total mil cien caballos.

El 23, poco despues de media noche, salieron Márquez y Vidaurri con su estado mayor y escolta, marcharon entre el Cerro Cimatario y el Jacal y sobre el monte, y to-

mando el camino por Toluca, llegaron en salvo á México. En lugar de Márquez nombró el Emperador al general Castillo ayudante general del ejército y secretario interno de Guerra en campaña. El mando de su division fué dado á mi antiguo general de brigada Valdés. La salida del general Márquez causó grande escitacion en el campamento enemigo, pues se decia que el Emperador se habia ido con él, y tras ellos fué enviada una fuerza de caballería, segun supimos algunos dias despues.

Este dia los liberales fueron considerablemente reforzados por los generales Riva Palacio, Martinez y Carbajal. Este último no era nuestro antiguo conocido de Tulancingo, sino un general de division, que habia sido antes gefe de bandidos. El ejército de los liberales, aumentado por estos gefes ahora, contaba mas de cuarenta mil hombres, con cosa de setenta ú ochenta piezas de artillería, mientras que el nuestro disminuido por los diversos encuentros y por las tropas que se habian ido con Márquez, junto todo solo llegaba á seis mil y quinientos hombres, con cuarenta piezas. Sin embargo, en un tanto fué aumentado por los desertores y prisioneros que se alistaron al servicio del Emperador

En la noche del 23 fuimos informados por un hombre de la hacienda adonde estaba el cuartel general de Escobedo, y á quien habian puesto furioso los liberales tomando posesion de todo lo que tenia, de que habian tenido allí en la tarde un consejo de guerra, en el que se habia resuelto, por mayoría de dos terceras partes, el efectuar un ataque enérgico á la mañana siguiente, pues se suponian que las tropas que se habian ido con el Enperador debian de haber disminuido sobre manera la guarnicion. Desgraciadamente

este individuo no podia decirnos nada tocante á las disposiciones hechas para este ataque.

El 24, por la mañana temprano, el oficial vijilante de guardia en la torre de la Cruz, avisó que el enemigo en masa se movia con infantería, caballería y artillería de las alturas de la Cuesta China hácia el cerro del Cimatario, adonde las columnas liberales tomaron una posicion.

A consecuencia de esto, á las diez de la mañana recibí órdenes del general Méndez para que dejase mi posicion en el rio y que prosiguiese hasta la Alameda, adonde encontré á los tiradores colocados tras de la muralla que cercaba á ese paseo. Frente á esta muralla, en el centro, estaba plantada una batería para tres cañones, y una cuartta se hallaba colocada en la estremidad de la Alameda á mano derecha. Los tiradores no pertenecian ya á mi brigada. El coronel Miramon á quien no agradaba servir bajo el mando de extranjeros, habia logrado por influencias de su hermano el que se le formase una brigada de dos batallones.

Ocupé con mi batallon 2º de línea las trincheras desde la estremidad de la Alameda hasta la Casa Blanca, adonde colocó Méndez mi batería, quedándose con el resto de mi brigada en la Alameda.

Todas las baterías del enemigo, despues de esto rompieron el fuego contra la ciudad, y á la vez vimos por los movimientos del enemigo en el cerro que se intentaba un ataque contra la estremidad á la derecha de la Alameda.

Una columna como de seis mil hombres, bajo las órdenes del general Martinez, sostenida por el fuego de las baterías, avanzó con resolucion. Eran tropas nuevamente llegadas, y

les habian asegurado que tendrian poco trabajo con nosotros.

Avanzando así presentaban muy buen aspecto. Todos ellos llebaban pantalones de dril y chaquetas blancas ribeteadas con paño de diversos colores para mostrar los regimientos á que pertenecian. En accion siempre parecian extraordinariamente limpios, pues era su costumbre el lavar su ropa antes de entrar en combate. Como solo tenian un vestido se les podia ver con pasos elevados en el campamento, con un traje medio ó enteramente *Adamita*, mientras tanto aguardaban se secase su ropa.

A la órden del general Miramon desfilé de la Alameda con mi brigada; pasé un pequeño puente que hay allí, y formé en línea para recibir á los liberales. Les permitimos avanzar hasta que se encontraron á ciento cincuenta pasos de nosotros; mas allí recibieron por tres lados una lluvia tremenda de balas y metralla, que les sorprendió tanto, que muy pronto dieron la vuelta.

Al mismo tiempo el regimiento de la Emperatriz, mandado ahora por un coronel D. Pedro Gonzalez, se arrojó sobre ellos, hizo centenares de prisioneros, y solo se retiró cuando la destrozadísima columna habia alcanzado la cima del cerro Cimatario, adonde se encontraba protegida por la gran masa de infantería que se habia colocado allí. El llano frente á la Alameda estaba cubierto enteramente con muertos y heridos, cuyos blancos uniformes hacian un contraste notable con el terreno oscuro.

Como se dejaban ver densas columnas de infantería moviéndose á lo largo del Cimatario y hácia su declive occidental, se supuso que intentaba un nuevo ataque contra la garita del Pueblito y la Casa Blanca. Por consi-

guiente recibí órdenes del general Méndez para marchar á estos lugares con mi brigada, mientras tanto el coronel Miramon se quedó en su antigua posicion tras las murallas de la Alameda.

Sin comunicar conmigo, el general Miramon retiró á mi segundo batallon de las trincheras, adonde le habia mandado, y lo relevó con los cazadores. Despues de esto marché en direccion paralela con el enemigo, y cuando hicieron frente en el ancho camino que conduce abajo desde el declive occidental del Cimatario, pasada la Casa Blanca á la garita del Pueblito, yo tambien hice frente. Era claro que el enemigo intentaba atacarnos aquí ahora, y el general Méndez me dió órdenes de defender la Casa Blanca.

Este lugar consistia en un granero sólido de piedra cerca del camino, y próximo adonde estaba el enemigo. El espacio de terreno frente á este, estaba cubierto completamente con nopales. A cuarenta pasos de distancia y atrás de este granero, está la Casa Blanca igualmente fabricada de una piedra sólida, y cerca de ella, rumbo hácia la Alameda, hay un patio ó corral, cercado con una muralla de piedra.

Coloqué el 2º y 5º batallones de línea en el granero y cerca de él y en la Casa Blanca, mientras en la garita estaba apostado el batallon Zamora, adonde igualmente estaba colocada mi batería, y de tal manera que podia barrer el ya mencionado camino del cerro. Guardé como reserva al 14 batallon de línea, y el general Méndez puso al lado de este ciento veinte caballos bajo las órdenes del mayor Malburg.

Despues de una abertura de artillería por ambos partidos, comenzaron á avanzar las columnas de los liberales

á las tres de la tarde. La columna delantera consistia de cuatro mil hombres, y la que de esta seguia, de seis mil.

Las blancas columnas venian por el ancho camino con gran intrepidez; el camino estaba descubierto por ambos lados, y por lo mismo daban lugar á que nuestra artillería descargase sus tiros de la Alameda y la garita sobre las densas masas del enemigo, lo que se hizo con gran precision, especialmente de la garita en donde se hallaba presente el general Arellano.

La sangre fria y valor del enemigo bajo este fuego mortífero, era realmente admirable; mas cuando su columna hubo llegado á cosa de cuatrocientos pasos de distancia de nosotros y le cayó una lluvia de metralla, comenzó á vacilar. Se recuperó sin embargo al instante, y avanzó doscientos pasos mas; y entonces al fuego de nuestra artillería se agregaron las repetidas descargas de nuestra infantería. De nuevo vaciló, y esperábamos verla dar la espalda: eran momentos críticos, y comparando nuestro pequeño número con los miles de ellos, se podia muy bien dar lugar á la duda de lo que podia ser el resultado.

El enemigo se detuvo, pero los oficiales se lanzaron delante de la columna; su valeroso comportamiento de nuevo alentó á los soldados; marcharon á paso redoblado, y lograron llegar hasta el granero frente á la Casa Blanca.

Allí estaba el 2º batallon de línea bajo el mando del coronel Madrigal: me dirijí á él á caballo, y le dije, «La Casa Blanca debe tenerse bajo todas circunstancias, aunque nos entierren á todos aquí, pues con la ocupacion de este lugar, perderiamos la ciudad.» El valeroso coronel me contestó con confianza: «O cede el enemigo, ó todos moriremos aquí.»

Aunque tenia muchísima confianza en el valor del bizarro coronel, sin embargo, temia que se fuera á ver obligado á abandonar el puesto, abrumado por una fuerza superior: mi ansiedad en esos momentos de prueba fué tan grande, que el sudor corria por mi frente, y dí órdenes de avanzar á la reserva.

El lugar adonde habia avanzado el enemigo no era sostenible; tenian que seguir adelante ó retroceder. En ese momento crítico del que dependia el destino de la ciudad, el general Arellano saltó de su caballo, apuntó un cañon contra la masa mas densa del enemigo, y le descargó una lluvia de metralla, que á una distancia tan corta causó una matanza horrible. Al mismo tiempo el valiente mayor Malburg, con su destacamento de caballería, rodeó la casa violentamente, y atacó al enemigo por su flanco izquierdo.

El efecto de la metralla, y el repentino ataque de la caballería, cuyo número probablemente era exagerado, fué demasiado. Los liberales fueron sobrecojidos de un terror pánico repentino y huyeron. No era posible ya contener por mas tiempo á los soldados del batallon Madrigal. Saltaron del puesto que con tanta bravura habian defendido, y comenzaron con sus bayonetas y con las cajas de los fusiles una carnicería espantosa, junto con la caballería de Malburg, hasta que una fuerza superior de caballería de los liberales se apareció para proteger á la columna derrotada.

El mayor Malburg cojió una bandera, y él con el 2º batallon hizo centenares de prisioneros. Cosa de mil quinientos muertos y heridos cubrian el campo de batalla, que parecia como si una manada de carneros estuviera descansando en él. Tras del granero estaban tendidos en la primera



línea de los muertos diez oficiales del enemigo, entre los cuales se hallaba al bizarro coronel Mercado, que conducía la vanguardia de la columna asaltante.

Nuestras pérdidas fueron, comparativamente hablando, pequeñas, como que la columna liberal nos atacó á la bayoneta, teniendo órden las baterías y las reservas que estaban situadas mas arriba de cesarel fuego cuando nos encontráramos muy de cerca. El general Miramon estuvo presente durante el combate, y mantuvo el puesto cerca de la garita.

El entusiasmo de las tropas cuando apareció el Emperador en el campo de batalla fué tremendo. Se dirigió hácia mí y me apretó la mano. Tenia las lágrimas en los ojos, y estaba tan profundamente agitado que no podia hablar. Pero articuló en voz baja tres palabras que me hicieron mas feliz de lo que me podia haber hecho cualquiera condecoracion; palabras que siempre de nuevo encontrarán eco en mi memoria y en mi corazon hasta el fin de mi vida. Yo tambien estaba tan sumamente afectado que no pude articular una sola palabra, pero en silencio besé esa mano generosa que en la mia descansaba. Solo aquel que ha experimentado cosas semejantes puede comprender los sentimientos que producen; no se pueden describir.

El coronel Miramon se quedó en la Alameda y fortificaciones que desde allí se estendian hasta la capilla de San Francisquito. Mi brigada ocupó la línea á la derecha desde la Alameda hasta mas allá de la garita del Pueblito. Las demas tropas se quedaron en sus respectivas posiciones.

El general Méndez tenia su cuartel general en la Casa Blanca, y yo ocupaba el mismo cuarto con él. Esto me

proporcionó la mejor oportunidad para hacer un conocimiento mas de cerca de este distinguido gefe. El, Castillo, Mejía, Escobar, y Valdés no pertenecian á esos generales mexicanos que estaban celosos de la parcialidad que me mostraba el Emperador; pues la envidia y el celo no son cualidades exclusivas de los alemanes en América, que están notados de ellas. Mientras que los demas generales me trataban con cierta reserva, los que he nombrado, al contrario no solo me demostraban mucha cordialidad, sino que igualmente miraban con atencion mis sugerencias. Méndez me suplicó indujera al Emperador á que abandonase Querétaro, adonde solo podia perder la vida y el honor. En todas estas conversaciones mostró en contra de Miramon una hostilidad inflexible.

Durante la noche el enemigo habia removido algunos de sus heridos de los que se hallaban mas cerca de ellos. Cuando á la mañana siguiente escuché los quejidos y lamentaciones de los heridos frente á nuestras trincheras, salí acompañado de seis hombres para traer adentro á tantos como fuera posible y llevarlos á nuestros hospitales. cuando me aventuré demasiado léjos, iba por poco á ser prisionero por doce hombres de á caballo del enemigo, los cuales me persiguieron. Corrí por entre los nopales como jamas lo habia en mi vida hecho ántes, y cuando llegué en salvo adentro de las trincheras literalmente caí exhausto. Como que se nos hizo fuego cuando de nuevo salimos con el mismo fin caritativo, no pudimos menos que dejar á los pobres heridos tener una muerte miserable. Si los liberales solo hubieran manifestado el deseo de remover á sus heridos, de todo corazon les hubiéramos ayudado.

Uno ó dos dias despues el olor de los muertos frente á

nosotros llegó á ser tan intolerable, que hice los juntaran durante la noche en montones, y los quemaran por medio de leña puesta en derredor de ellos. El enemigo que ignoraba lo que traíamos entre manos, con furor hacia fuego sobre las ardientes piras funerales.

En la noche del 25 de Marzo, el enemigo hizo de nuevo uno de sus ataques de costumbre contra el puente, y como siempre, fué rechazado. En ese mismo dia ordenó el Emperador que todas las tropas disponibles se empleasen en las fortificaciones. El mismo dirigió en persona la construccion de las de la Cruz, y con frecuencia se espuso á la fusilería del enemigo. Varias casas en ambos lados del rio que estaban ocupadas por el enemigo, fueron en este dia destruidas por nuestra artillería.

Nos hallábamos ya estrechamente cercados por las líneas del enemigo, quien ocupaba aun algunas partes de la ciudad, como se verá por la descripcion que hemos hecho ya. Los liberales igualmente tuvieron cuidado de reponer sus fortificaciones, y con este objeto emplearon mas de mil indios, quienes demostraban no gustarles mucho la tarea y á quienes frecuentemente veia huir cuando nuestras balas de cañon caian entre ellos. Sin embargo, trabajaban mas bien durante la noche.

La ciudad era bombardeada todos los dias, y nuestras trincheras muy de cerca vijiladas por tiradores, quienes hacian fuego luego que arriba de ellos aparecia una cabeza. Entiendo que para este fin estaban empleados los ciento cincuenta americanos, que servian al ejército del enemigo bajo el nombre de «Legion de Honor» y al mando de un coronel Green.

No solo los soldados sino tambien los ciudadanos pacífi-

cos tuvieron que sufrir muchos peligros, y las poco galantes balas no respetaban aun al seco débil. El dia 12 fué matada una pobre mujer por un pedazo de granada. Otra mujer que llevaba á su chico segun costumbre mexicana, en las espaldas, recibió una bala por el pescuezo, que mató á madre y á hijo. Desde la puerta de mi alojamiento ví matar á una mujer por una bala: habia traído la comida á su marido. La primera cosa que hizo el miserable sin sentimientos, fué meter la mano al seno de su pobre mujer, no para ver si aun su corazon latia, sino para asegurar el dinero y los cigarros, que siempre ocultan en esa parte de su vestido; despues cargó con el cuerpo sin perder el tiempo en lamentaciones, y aun creo que primero encendió un cigarro.

Durante la noche del 27 al 28 de Marzo, hubo sus escaramuzas por todas partes en la línea. Hacia al amanecer cesó el fuego, y yo me habia quedado dormido sobre las trincheras. Repentinamente al ser sacudido de un brazo por mi ayudante desperté; y aun frotándome los ojos, ví delante de mí al Emperador con un semblante risueño. ¡Oh! tenia una sonrisa tan amable y benévola, que encendió mi corazon. De esta manera, sin mas ayudante ú ordenanza, armado solo de su inseparable pequeño antejo, acostumbraba visitar las trincheras durante la noche ó el dia. Como que conocia á los oficiales mexicanos, que no solo maltrataban á sus soldados sino que les quitaban parte de su sueldo y ganancias, tenia la costumbre de preguntarles si habian recibido su paga y rancho. Este cuidado produjo excelente efecto, y era tan nuevo y lisonjero á los soldados que por todo esto amaban al Emperador, especialmente como que juntó con ellos participaba de todos los peligros y